

ofrecerlo á los oídos humanos los ministros é intérpretes, más ó menos fieles, de la palabra.

Porque, en efecto, hay muchos que gustan de oír á los predicadores famosos, y se extasían tal vez escuchando las bellezas que brotan de los labios de maestros consumados en el arte de bien decir, pero que, al retirarse del templo entusiasmados por el orador, no llevan más que la satisfacción de haber gozado durante un breve rato del placer, muy noble ciertamente, pero muy estéril, que produce en el alma el acento vibrante de una avasalladora elocuencia. ¿Sacarán éstos verdadero y sólido provecho de la palabra de Dios? No, cristianos; porque el gusto con que la han escuchado, no tenía nada que ver con el amor de la palabra misma, siendo un sentimiento meramente humano, causado por la palabra del hombre facundo y elocuente. ¿Sabéis cómo debe acercarse el alma fiel al banquete de la divina palabra? Pues con un amor semejante al que siente cuando se llega al banquete de la Eucaristía. ¿Qué hay aquí que ejerza algún atractivo sobre la imaginación y los sentidos? Nada, ciertamente, en medio de aquella admirable sencillez de las sacramentales especies; y, sin embargo, ¡cuánta no es la dulzura del amor que allí derrama la presencia real de Jesucristo, y de que gozan sus verdaderos amadores! ¡Ah! ¡no oigamos, pues, la voz del que nos habla desde el púlpito con aquellas disposiciones del voluptuoso Agustín, que no del convertido y santo! «Escuchando en Milán al gran Ambrosio, dice, miraba con desprecio las cosas y me recreaba con la suavidad de las palabras.»¹ Dios no nos ha hablado para deleitarnos, sino para santificarnos. La Iglesia no

¹ Conf. lib. V, cap. 13.

nos congrega en los templos á escuchar la palabra de Dios para darnos algunos momentos de solaz y contentamiento espiritual, sino para hacernos entrar dentro de nosotros mismos y echándonos en cara nuestros desórdenes, hacernos gemir en la presencia del Señor, y estimularnos á la penitencia. No desvirtuemos, pues, hermanos míos, la divina palabra. No abusemos del don de Dios á nosotros concedido por la soberana clemencia que no quiere abandonarnos en el camino de nuestros extravíos. Y tengamos por cierto que, si con las debidas disposiciones recibimos en este tiempo santo la palabra del Señor, sabremos también hacernos dignos de participar, á la hora señalada por nuestra Madre la Iglesia, de las dulzuras inefables de la sagrada Eucaristía, precursoras de las delicias eternas de la gloria. Así sea.

DOMÍNICA DE PASIÓN.

La Pasión de la Palabra de Dios.

Ego honorifico Patrem meum, et vos inhonorastis me.

Yo honro á mi Padre, y vosotros me habéis deshonrado á mí.

Io. 8, 49.

1. Condición general para el triunfo de cualquier causa es la lucha; y así, para sacar triunfante la bandera de la gloria divina, empresa sobrehumana del Redentor del mundo, era preciso que librarse la gran batalla de la sagrada Pasión. La Pasión de Cristo ocupa el día de hoy, hermanos míos, todo el pensamiento y el corazón de la Iglesia católica. Ella debe ocupar también el nuestro, en vísperas como nos encontramos de la gran solemnidad á que la Esposa de Cristo con-

sagra una semana entera que el lenguaje cristiano llama santa. Entretengámonos, pues, piadosa y santamente en la consideración de esa Pasión admirable, por cuyos dolores y afrentas honró y glorificó al eterno Padre el divino Redentor¹. Pero, ya que durante todo el tiempo de la presente Cuaresma hemos consagrado nuestra atención al estudio de la palabra de Dios para más aprovecharnos de ella, consideremos la Pasión de nuestro Señor Jesucristo como pasión de la palabra de Dios. Y no os sorprenda, amados oyentes, la expresión, que no es mía, sino del gran Agustino, quien no dudó afirmar que era azotada la palabra de Dios: *flagellatur verbum Dei*.

2. En efecto, ¿qué otra cosa pretendieron los judíos al tratar de quitar de en medio á Jesucristo, sino dar muerte á la palabra que á ellos los hería de muerte, y apagar aquella voz que los importunaba echándoles en cara sus maldades; no de otra suerte que Herodes, ó, mejor dicho, la impúdica Herodías, quiso dar golpe de muerte en la cabeza del Bautista á la implacable palabra que condenaba sus desórdenes? «La verdad, dice aquí San Agustín, engendró el odio mortal. No pudo tolerarse con paciencia la amonestación del varón santo . . . y correspondieron con males á sus beneficios. . . . El predicador sembró trigo, y no recogió sino espinas.»² Así los impíos que escuchaban á Jesús, dijéronse unos á otros, llevados de sus desvariados pensamientos: «Cerquemos al justo que se opone á nuestras obras; dice que tiene en sí la ciencia de Dios, llámase Hijo de Dios y se gloria de tener á Dios por padre; veamos

¹ Ego honorifico Patrem etc. (Io. 8, 49.)

² Serm. 10 in nov. serm.

si son verdaderos sus discursos; condenémosle á muerte afrentosísima, colguémoslo de una cruz.»¹

Y ¿qué consiguieron después de todo los inicuos perseguidores del Verbo, de la Palabra encarnada?

¿Lograron, por ventura, reducirla al silencio? ¡Oh! sí, hermanos míos, pero solamente en apariencia, momentáneamente. ¡Triunfo efímero el de los pecadores! Jesucristo calló durante casi todo el discurso de su Pasión: *Iesus autem tacebat*²: la palabra que el mundo no era digno de escuchar, permaneció algunas horas silenciosa; aguardad, sin embargo, á que llegue el desenlace de aquel augusto drama. ¿Qué digo? antes de terminarse ya habrá resonado de nuevo, y con el acento más sonoro y penetrante, esa invencible palabra; la cruz será la cátedra y el trono donde brillará con resplandores inmortales. Después de la resurrección del Divino Ajusticiado, ¿quién fué bastante á sofocarla, ni aun á atajar el curso victorioso de la palabra de Dios en la boca de los Apóstoles? «No podemos callar, porque somos órganos vivientes de la palabra de Dios.»³

Y aquí tenéis, oyentes míos, bosquejada la historia de la Pasión de la palabra de Dios al través de los siglos. Esta divina palabra, lo mismo que la persona de Cristo, ha sido odiada, perseguida de muerte en todo tiempo, y lo será todavía hasta la consumación de los siglos, ora con la contradicción sistemática, ora con el desprecio calculado, ora, en fin, con la violencia abierta y desencadenada. Pero esta persecución y esta lucha es precisamente condición de victoria final y decisiva para la palabra de Dios. Tal será el argumento de la presente conferencia, no menos útil y edificante que los de las anteriores.

¹ Sap. 2, 12 sqq.

² Matth. 2, 20.

³ Act. 4, 20.

I.

3. Nadie ignora que Cristo Señor nuestro fué, según la profecía de Simeón el anciano, blanco de contradicción: *signum cui contradicetur*¹. Y ¿cuándo más que en su Pasión? Siendo piedra angular de Sion, como dice el Apóstol San Pedro, fué y será para los incrédulos y pecadores piedra de escándalo, roca en que se estrellen: *Lapis offensionis, et petra scandali*². Pero advertid, cristianos oyentes, que esta ruda oposición hecha á Jesucristo tiene por objeto especial y directo su palabra, la palabra de verdad que brotaba de sus labios; así parecen insinuarlo aquellas expresiones del príncipe de los Apóstoles en el lugar citado: Jesucristo es piedra de escándalo para los que tropiezan en la palabra, *his qui offendunt verbo*, resistiéndose á creerla³.

Y, cierto, no se habría opuesto el mundo con tan furiosa obstinación á la persona del Salvador, si, como Maestro de toda verdad, no hubiese venido á enseñar una doctrina que fulminaba sobre el mundo terribles anatemas; si no le hubiese argüido y condenado por sus obras de iniquidad. La raíz, pues, de la contradicción estaba en el odio del mundo á la verdad, en la natural oposición que hacen las tinieblas á la luz.

Y esta oposición venía de muy antiguo, porque el mundo, ó sea el hombre del pecado, la aprendió del mismo Lucifer. El Demonio es enemigo nato de la verdad, por consiguiente opositor eterno de la palabra de Dios. ¿Qué pasó en el paraíso terrenal aun antes de la caída? ¿qué decía la infernal serpiente á nuestra cándida madre, la primera mujer? «No moriréis, no, en

¹ Luc. 2, 34.² 1 Petr. 2. 8.³ Ibid.

manera alguna, aunque Dios os tenga dicho lo contrario.»¹ ¡Qué oposición tan descarada! ¿De quién había de proceder sino del genio del orgullo, del padre de la mentira, del enemigo irreconciliable del Verbo? No; el hombre, por malo y perverso que sea, no parece capaz de tanta osadía y desvergüenza como lleva en sí la contradicción directa, el mentís rotundo lanzado á la palabra de Dios. Si ha llegado á descararse de ese modo, ha sido bajo el funesto influjo de Luzbel, cuyo infame yugo el hombre, por una increíble aberración, ha echado voluntariamente sobre su cerviz. Oíd cómo increpa Jesucristo á los judíos incrédulos que osaban contradecirle: *¿Por qué no reconocéis mi palabra? Porque no podéis oír mi discurso. Vosotros tenéis por padre al diablo, y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Él era homicida desde el principio y no persistió en la verdad, porque no hay verdad en él. Si dice mentira, dícelo de su natural, porque es mentiroso lo mismo que su padre. Á mí no me creéis porque digo la verdad*². Colocado, pues, el hombre bajo la seducción de Lucifer, y aceptada por él la mentira diabólica como palabra de verdad, llega fácilmente á hacerse eco de la negación luciferina, como acaeció á la seducida Eva, y acaba por perder el miedo y la vergüenza para contradecir á Dios.

4. He aquí, hermanos carísimos, la intervención diabólica como clave necesaria para explicar la historia de la Pasión del Salvador y de su palabra. Porque ¡cosa asombrosa y capaz de confundir al hombre! La historia de la palabra de Dios no es sino el cuadro de la guerra insensata declarada á la verdad. Y ahí está,

¹ Gen. 3, 4.² Io. 8, 43—45.

para comprobarlo, toda la historia de la Iglesia, continuación natural de la historia del Nuevo Testamento, del Evangelio y los Hechos apostólicos. Enfrente de la obra de Jesucristo veréis erguirse uno tras otro, á cuál más altivos, cuatro monstruosos engendros del demonio, cuatro atrevidos opositores á la palabra de Dios, el judaísmo, el paganismo, la herejía y el racionalismo. ¿Qué no ha intentado el hombre, puesto bajo la sugestión del maligno espíritu, para desmentir y aniquilar la divina palabra? Ora ha dicho: «Esa palabra no existe, es una ilusión, Dios no ha hablado jamás», y ha negado la verdad de la Revelación; ora, concediendo este hecho innegable ante la Historia, ha pretendido que tal ó cual proposición particular no era revelada por Dios, negando así, no la Revelación misma, pero sí su interpretación por un magisterio infalible, dando esta segunda negación el mismo resultado que la primera, esto es, la destrucción de la palabra de Dios. Mientras que el viejo paganismo oponía á esta palabra que lo condenaba, el grito destemplado y atronador de todas las pasiones conjuradas con todos los errores, el judaísmo refractario se empeñaba en oponer á la nueva palabra, al evangelio, la palabra antigua, que en verdad era divina también, pero que, lejos de oponerse á la segunda, la autorizaba sirviéndole de base. En vano se quería poner en contradicción la voz de Moisés con la de Jesucristo, cuando Moisés en persona aparecía en el Tabor dando á Jesucristo testimonio de verdad.

Y mientras que la herejía en los pasados siglos, semejante al judaísmo, por su mala fe contradecía á la palabra de Dios, definida por la Iglesia, con la misma palabra falsamente interpretada, como interpretada según

el capricho del hombre, el racionalismo de los tiempos modernos, semejante por su índole al desacreditado paganismo, intenta crear conflictos entre la palabra de Dios y la voz de la razón humana, entendiendo por ésta la algazara del orgullo que aparenta reivindicar los derechos de la misma razón humillada, al decir del amor propio, por el rayo de luz que la deslumbra en lugar de iluminarla.

Tales son, en síntesis general, los agentes de la contradicción sufrida en el mundo por la palabra de Dios.

5. Conocidos éstos, ya es obvio el paralelismo de la Pasión de Jesucristo y la Pasión de la palabra de Dios. Á Cristo condenanlo de consuno los judíos y los gentiles, la Sinagoga y el Pretorio, el sanedrín y la magistratura romana, Caifás, Herodes y Pilatos; alegando todos y cada uno los motivos especiales de esta condenación: unos en nombre de Dios, otros en nombre del César; unos porque usurpa los derechos de la soberanía humana, otros porque atenta contra la soberanía de Dios. El cielo y la tierra parecían prestar armas contra su propio Criador. ¡Cómo se contradicen los contradictores de Jesús! Verdaderamente *non erat conveniens testimonium illorum*¹. ¡Qué confusión para la vana sabiduría de los escribas y letrados! ¡Qué baldón para los ministros investidos de la dignidad sacerdotal! ¡Qué mentís tan solemne para la santidad farisaica! Y por el contrario, ¡cómo brilla con limpidez inmaculada la inocencia del Justo perseguido por los malhechores! Pilatos mismo se ve obligado á reconocerla, y la confiesa públicamente á despecho del odio mal disimulado de sus poderosos enemigos. Y Herodes, en medio de su

¹ Marc. 14, 59.

estupidez, sale del paso recurriendo á la burla y al desdén, no encontrando en el acusado rastro de culpa que dé margen al castigo. De esta suerte, vengada por sí sola la justicia, sale Jesús victorioso de la más ciega y encarnizada contradicción.

Otro tanto acontece en el curso de los siglos á la palabra de Dios. El racionalismo la condena porque ataca, dice, la autonomía de la razón, porque da muerte á la ciencia, porque pretende esclavizar el espíritu humano, ultrajando su dignidad de ser independiente y libre. La herejía combate con terquedad las verdades atestiguadas por la Iglesia, porque se oponen en sentir de sus corifeos, á la única palabra de Dios auténtica, que es la escrita en los Libros sagrados. El hereje, artero y testarudo, apela siempre, contra el dogma que rechaza, al testimonio, siquiera sea falsificado, de la Sagrada Escritura: ¡Detestable hipocresía, con que, afectando celo por la integridad inviolable de la palabra de Dios, no trata más que de sacar airoso su capricho en pro de sus bajas pasiones! Á estos impudentes sectarios bien pudiera aplicarse la acerba reprensión de San Esteban á los judíos que pretendían ahogar la voz de Jesucristo en los labios de su fervoroso discípulo: *Hombres de dura cerviz é incircunciso corazón, hombres sordos á la voz de Dios, vosotros siempre habéis de resistir al Espíritu Santo, lo mismo que vuestros padres. Recibisteis la ley por ministerio de los ángeles, y no habéis sabido guardarla*¹. Mas no importa la contradicción de cualquier género que sea, ora se haga en nombre de Dios, con sacrilega profanación, ora en nombre de la razón independiente y autónoma: á pesar

¹ Act. 7, 51. 53.

de todos sus adversarios la palabra de Dios saldrá siempre vencedora, como ha salido en las edades pasadas, porque «la verdad, dice el Profeta, pasará de generación en generación»¹, y «el cielo y la tierra, dice Jesucristo, perecerán, pero no perecerá mi palabra»².

6. ¡Pluguiese á Dios, hermanos míos, que tan victoriosa como es en el mundo la palabra de Dios, así lo fuese en cada una de nuestras almas, triunfando gloriosamente de todas las contradicciones que secretamente le oponemos! Porque, desgraciadamente, mas en hecho de verdad, existe en cada uno de los hombres, en mayor ó menor grado, esta funesta ley de oposición á la palabra de Dios, consecuencia natural de aquella guerra intestina que trae siempre, en el seno de nuestra naturaleza, la concupiscencia de la carne contra las tendencias generosas del espíritu. Que si á los esfuerzos insensatos que hacen nuestras propias pasiones para romper el yugo que les impone esa palabra de verdad austera, incorruptible, se juntan los perversos ardides del demonio, que en nosotros encuentra franca entrada y campo libre para pelear contra la palabra de Dios; ¿qué tan vehemente no será la resistencia que á cada instante le oponemos? Por eso unas veces, á fuer de prácticos racionalistas (ya que no lo seamos por sistema), resistimos á la palabra de Dios, armados de los falsos dictámenes de la corrompida naturaleza que se atreve á reivindicar sus derechos contra la ley; otras, como malignos sectarios, tratamos de combatirla con razones especiosas de falsa prudencia, con apariencias de bien, forcejando por poner á Dios de nuestra parte para oponernos á Dios. ¡Así juegan con nosotros mise-

¹ Ps. 118, 90.

² Luc. 21, 33.